



Las relaciones transatlánticas en el segundo mandato de Trump. Contradicciones en la agenda de seguridad

Transatlantic relations during Trump's second term: Contradictions in the security agenda

Relations transatlantiques durant le second mandat de Trump : contradictions dans l'agenda sécuritaire

Relações transatlânticas no segundo mandato de Trump: Contradições na agenda de segurança

Esp. P. Justo Enrique Rodríguez Rodríguez

Licenciado en Relaciones Internacionales. Especialista de Posgrado en Servicio Exterior. Especialista del Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, Cuba. ✉ jerod24601@gmail.com  [0009-0008-7010-8793](https://orcid.org/0009-0008-7010-8793)

Cómo citar (APA, séptima edición): Rodríguez Rodríguez, J. E. (2026). Las relaciones transatlánticas en el segundo mandato de Trump. Contradicciones en la agenda de seguridad. *Política Internacional*, VIII (Nro. 4). <https://doi.org/10.5281/zenodo.22097826>

 <https://doi.org/10.5281/zenodo.22097826>

RECIBIDO: 6 DE MAYO DE 2026

APROBADO: 22 DE JULIO DE 2026

PUBLICADO: 19 DE OCTUBRE DE 2026

RESUMEN Este artículo analiza las relaciones transatlánticas en materia de seguridad durante el segundo mandato de Donald Trump (enero 2025-abril 2026). Mediante un análisis cualitativo basado en el estudio de tres casos -el conflicto en Ucrania, la crisis de Groenlandia y la guerra contra Irán- el trabajo examina las contradicciones emergentes en la cooperación entre Estados Unidos y sus aliados europeos en materia de seguridad y defensa. Los hallazgos indican que, en una línea de continuidad con su primer mandato, la proyección unilateralista del presidente de EE. UU. ha fragilizado sensiblemente la confianza mutua y la cooperación con sus aliados europeos, prevaleciendo los intereses estadounidenses por encima de la

concertación transatlántica. La respuesta europea se caracteriza por una fragmentación interna y una subordinación estratégica frente a las presiones estadounidenses, aunque episodios como la crisis de Groenlandia evidencian límites a esa aquiescencia. Las principales limitaciones del estudio derivan de la contemporaneidad de los eventos analizados, lo que impone cautela en las conclusiones. Se concluye que, si bien no se vislumbra una ruptura de la alianza, la acumulación de contradicciones podría reconfigurar la arquitectura de seguridad euroatlántica, especialmente en el marco de la OTAN.

Palabras claves: Relaciones transatlánticas, OTAN, Donald Trump, Unión Europea, política exterior estadounidense, unilateralismo.

ABSTRACT *This article analyzes transatlantic security relations during Donald Trump's second term (January 2025–April 2026). Through a qualitative analysis based on three case studies—the Russian-Ukrainian conflict, the Greenland crisis, and the war against Iran—the paper examines emerging contradictions in cooperation between the United States and its European allies on security and defense. The findings indicate that, continuing from his first term, the US president's unilateralist approach has significantly weakened mutual trust and cooperation with European allies, with US interests taking precedence over transatlantic coordination. The European response is characterized by internal fragmentation and strategic subordination to US pressure, although episodes such as the Greenland crisis demonstrate limits to this acquiescence. The study's main limitations stem from the recent occurrence of the events analyzed, which necessitates caution in drawing conclusions. It is concluded that, although a break-up of the alliance is not foreseen, the accumulation of contradictions could reconfigure the Euro-Atlantic security architecture, especially within the framework of NATO.*

Keywords: Transatlantic relations, NATO, Donald Trump, European Union, US foreign policy, unilateralism.

RÉSUMÉ *Cet article analyse les relations de sécurité transatlantiques durant le second mandat de Donald Trump (janvier 2025 – avril 2026). À travers une analyse qualitative fondée sur trois études de cas – le conflit russo-ukrainien, la crise du Groenland et la guerre contre l'Iran – il examine les contradictions émergentes dans la coopération entre les États-Unis et leurs alliés européens en matière de sécurité et de défense. Les résultats indiquent que, dans la continuité de son premier mandat, l'approche unilatérale du président américain a considérablement affaibli la confiance et la coopération mutuelles avec les alliés européens, les intérêts américains primant sur la coordination transatlantique. La réponse européenne se caractérise par une fragmentation interne et une subordination stratégique aux pressions américaines, même si des épisodes tels que la crise du Groenland démontrent les limites de cette soumission. La principale limite de l'étude tient à la récente survenue des événements analysés, ce qui impose la prudence dans les conclusions. En conclusion, bien qu'une rupture de l'alliance ne soit pas envisagée, l'accumulation de contradictions pourrait reconfigurer l'architecture de sécurité euro-atlantique, notamment au sein de l'OTAN.*

Mots-clés : Relations transatlantiques, OTAN, Donald Trump, Union européenne, politique étrangère américaine, unilatéralisme.

RESUMO *Este artigo analisa as relações de segurança transatlânticas durante o segundo mandato de Donald Trump (janeiro de 2025 a abril de 2026). Por meio de uma análise qualitativa baseada em três estudos de caso — o conflito russo-ucraniano, a crise da Groenlândia e a guerra contra o Irã — o artigo examina as contradições emergentes na cooperação entre os Estados Unidos e seus aliados europeus em matéria de segurança e defesa. Os resultados indicam que, dando continuidade à sua abordagem unilateralista, iniciada em seu primeiro mandato, o presidente americano enfraqueceu significativamente a confiança mútua e a cooperação com os aliados europeus, com os interesses dos EUA prevalecendo sobre a coordenação transatlântica. A resposta europeia é caracterizada por fragmentação interna e subordinação estratégica à pressão americana, embora episódios como a crise da Groenlândia demonstrem os limites dessa aquiescência. As principais limitações do estudo decorrem da ocorrência recente dos eventos analisados, o que exige cautela na elaboração de conclusões. Conclui-se que, embora não se preveja uma ruptura da aliança, o acúmulo de contradições pode reconfigurar a arquitetura de segurança euro-atlântica, especialmente no âmbito da OTAN.*

Palavras-chave: Relações transatlânticas, OTAN, Donald Trump, União Europeia, política externa dos EUA, unilateralismo.

INTRODUCCIÓN

El entramado de vínculos económicos, políticos, militares y de seguridad que se establecieron entre los países europeos occidentales y Estados Unidos de América (EE. UU.) al final de la Segunda Guerra Mundial¹, fueron consolidándose —con períodos de altas y bajas— durante la Guerra Fría, hasta alcanzar un nivel de desarrollo que permite catalogarlos como la asociación estratégica transatlántica que conocemos en la actualidad.

Las bases mismas de la relación transatlántica² se construyeron en un contexto de una marcada disparidad en términos de poder y una profunda dependencia europea. En el marco de la Guerra Fría, el enfrentamiento político, militar e ideológico contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) constituyó el soporte fundamental de la asociación. Luego, tras el colapso del bloque soviético, la asociación transatlántica evolucionó durante los 90 al ritmo de las condicionantes internacionales y la institucionalización de la Unión Europea (UE), para constituirse en una relación más estructurada, equilibrada e interdependiente, en la que EE. UU. se ha mantenido como polo predominante.

El desarrollo histórico de las relaciones transatlánticas, contrario a una percepción bastante extendida y errónea, no ha estado exento de etapas de contradicciones y retrocesos profundos. Por solo hacer referencia a un período, el ciclo que va desde la Posguerra Fría (90) hasta el año 2008 concluye con un sensible desgaste de la confianza entre ambos lados del Atlántico y un deterioro significativo del diálogo bilateral, como consecuencia de la presidencia de George W. Bush³.

Los antecedentes permiten asegurar que las relaciones transatlánticas se caracterizan por una lógica relativamente estable desde sus orígenes hasta la actualidad: el predominio de la convergencia de intereses frente a los alternativos desencuentros, solventados mediante el diálogo, el tránsito hacia nuevos esquemas de cooperación y el reacomodo a nuevos escenarios internacionales. En diversas etapas, las diferencias, ni por su naturaleza ni por su intensidad, han alcanzado magnitudes que comprometieran su predominante condición de aliados y que no hayan podido solventarse (Rodríguez, 2014).

Una tendencia histórica también ha sido el reacomodo —e incluso subordinación en algunos períodos— de las posiciones europeas ante los intereses

estadounidenses cuando estos han sido contradictorios, como expresión de la latente disparidad y la asimetría de la asociación, especialmente en términos militares.

El primer mandato del presidente estadounidense Donald Trump coincide con la lógica histórica antes expuesta. Entre 2017 y 2021 las relaciones transatlánticas atravesaron por un período de contradicciones en múltiples ámbitos, en particular la cooperación en materia de seguridad internacional y el diálogo en los marcos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Balance del diálogo transatlántico en materia de seguridad internacional durante el primer mandato de Donald Trump (2017-2021).

Desde el inicio de su campaña electoral en 2016, Trump dejó claro el enfoque unilateralista de su política exterior, expresado en su recurrente expresión de campaña “America First” (Estados Unidos primero), que lo llevó rápidamente a la retirada de EE. UU. del Acuerdo de París sobre Cambio Climático, de la Asociación Transpacífica, de la UNESCO, al reconocimiento unilateral de Jerusalén como capital del Estado de Israel o a la salida del Acuerdo nuclear con Irán (JCPOA), entre otros casos.

Conducida por esa proyección unilateralista, la política exterior de la administración Trump llevó a las relaciones transatlánticas a lo que puede considerarse su nivel de mayor contradicción desde las profundas divergencias en relación con la guerra de Irak en 2003.

Aunque no fue el único, el ámbito de mayor fricción durante el primer mandato de Donald Trump fue la cooperación en materia de defensa y seguridad, expresándose con mayor fuerza al interior de la OTAN. Las constantes referencias irrespetuosas del Presidente estadounidense a los aliados transatlánticos, fuese por su insuficiente participación presupuestaria en los gastos militares de la OTAN o los cuestionamientos a la propia Alianza, a la cual denominó

como “obsoleta”, conllevaron a la organización a su punto de mayor fragilidad en décadas.

Desde 2017 Trump fue particularmente crítico con los miembros europeos de la OTAN sobre la exigencia del 2% del PIB destinado a gastos militares, compromiso fijado desde la Cumbre Atlántica de Cardiff en 2014. Si bien en este punto, se observa una continuidad con períodos históricos anteriores e incluso con las exigencias de la administración demócrata de Barack Obama, el elemento distintivo estuvo en las presiones públicas, expresiones de chantaje y las amenazas de retiro de efectivos militares de territorio europeo (Tovar Ruiz, 2018).

La acumulación de divergencias al interior de la OTAN y la retirada de EE. UU. de cerca de 1000 efectivos militares al norte de Siria en octubre de 2019, sin previa coordinación con los socios europeos, lo cual facilitó las posteriores intervenciones militares de Turquía en la zona, conllevaron al presidente francés Emmanuel Macron a catalogar a la OTAN como “en estado de muerte cerebral” días antes de la Cumbre de Londres de 2019.

Se iniciaba de esta forma una etapa de deterioro de la confianza al interior de la OTAN que implicó la formación de un Consejo de Sabios, que revisara la vigencia del Concepto Estratégico de 2010 y que lo dotara de clarificación política y estratégica teniendo en cuenta, a la vez, el nuevo signo de la política exterior de los EE. UU., los cambios en el sistema de relaciones internacionales y las nuevas amenazas a la Alianza.

Por otra parte, la retirada estadounidense del Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA, por sus siglas en inglés), con Irán en 2018, la inclusión del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica en la lista de organizaciones terroristas del Departamento de Estado y el asesinato del general Qasem Soleimani terminaron con años de esfuerzos diplomáticos conjuntos para “enmarcar el programa nuclear iraní” y fracturaron la relación transatlántica con relación a ese país.

Entre 2018 y 2020 los signatarios europeos del JCPOA (conocidos como E3: Francia, Alemania y Reino Unido, junto con la UE en su conjunto) no abandonaron el acuerdo, sino que intentaron mantenerlo vivo a pesar del retiro de EE. UU. y el descontento iraní por el mantenimiento de las sanciones estadounidenses. Fueron públicas las críticas de Federica Mogherini, Alta Representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad de la UE por esta situación, quien insistía en el carácter vinculante del Acuerdo, en virtud de la Resolución 2231⁴ del Consejo de Seguridad de la ONU.

A pesar las presiones ejercidas por Trump, la UE adoptó diversas medidas para intentar sostener un pilar del Acuerdo con Irán. Entre esas medidas estuvieron algunas que significaban un desafío a la política de Trump hacia Irán, como pueden ser la activación del proceso del Estatuto de Bloqueo, la autorización para la participación del Banco Europeo de Inversiones (EIB) en Irán y el estímulo a los Estados miembros a explorar transferencias bancarias al Banco Central de Irán⁵ (Dutta, Analysis of European Responses to Iran Nuclear Deal Crisis, 2019).

Para 2020 la UE decidió no seguir apostando por estas iniciativas financieras con Irán tras el repliegue de la gran mayoría de sus empresas privadas del mercado iraní —atemorizadas por ser incluidas en listas negras del Departamento del Tesoro de EE. UU.—, el incremento de las tensiones bilaterales entre Washington y Teherán por el programa balístico persa y las presiones de la administración Trump, que pujaba por enterrar definitivamente todo vestigio de legitimidad del JCPOA.

La postura europea fue evolucionando de una defensa decidida del JCPOA, una crítica abierta al pobre compromiso multilateral estadounidense en el tema y acciones para mitigar su salida del Acuerdo, hacia una posición de abandono paulatino del Acuerdo, de fragilización de sus iniciativas financieras y un alineamiento diplomático con EE. UU. en la condena de la política regional de Irán y su programa balístico.

Otro de los temas centrales en la agenda transatlántica de seguridad entre 2017 y 2021 fue el conflicto en Ucrania y en torno a Crimea y las regiones de Donetsk y Lugansk. En este apartado, la política exterior estadounidense fue incoherente durante todo el mandato republicano, teniendo por un lado el discurso de Trump, simpatizante del liderazgo de Vladímir Putin y favorable a un enfoque bilateral diferente con Rusia; mientras por el otro, el aparato administrativo de Washington intensificaba las acusaciones de injerencia rusa en las elecciones de EE. UU., aumentaba las sanciones económicas, expulsaba personal diplomático ruso e iniciaba la entrega de material militar a Ucrania.

Alimentadas por este enfoque inconsistente de EE. UU. hacia Rusia, fundamentalmente entre 2018 y 2019, surgieron fuertes tensiones entre los socios transatlánticos. Actores como Francia y Alemania buscaron fortalecer la presión estadounidense sobre Moscú, mientras que Trump priorizaba los intereses unilaterales estadounidenses, socavando la confianza mutua. Encima de las disputas sobre las cargas financieras de la OTAN, el debate sobre su obsolescencia y las divergencias sobre su Concepto Estratégico, se sumó el descontento europeo por una política de “reset” de EE. UU. hacia Rusia, que dejaría muy descolocados los intereses europeos en un contexto de seguridad fragilizado en su frontera oriental.

Como puede observarse en una muy apretada síntesis, durante el primer mandato del presidente Donald Trump (2017-2021) las relaciones transatlánticas se caracterizaron por una agudización de contradicciones, la fragilización de la confianza mutua y un retroceso considerable de la cooperación transatlántica en diversos temas de seguridad. Como en períodos anteriores, no se produjeron rupturas abruptas en la asociación transatlántica, sino que acontecieron procesos negociadores donde prevalecieron los objetivos de EE. UU., mientras que, en otros, simplemente se constató la subordinación y aceptación europea a los intereses estadounidenses.

Sobre la base de los antecedentes expuestos, la presente investigación se enfoca en las relaciones transatlánticas durante el transcurso del segundo mandato de Donald Trump hasta la fecha (enero 2025-abril 2026), y pone su énfasis en las divergencias aparecidas en la cooperación euroatlántica en materia de seguridad.

Para evaluar el estado del arte sobre esa temática, en el período mencionado y con el enfoque que propone el artículo, se revisaron varias fuentes bibliográficas nacionales e internacionales de tipo periodístico, académico, documental y fuentes primarias.

La revisión de las fuentes bibliográficas arrojó el predominio de artículos periodísticos, informes de política de instituciones o reportes de “tanques pensantes”, que se caracterizan por abordar de forma dispersa o puntual algunos temas de la agenda transatlántica entre 2025 y 2026.

En los análisis académicos consultados, mayoritariamente provenientes de autores europeos y estadounidenses, prevalece un enfoque descriptivo de las contradicciones surgidas y, en sentido general, carecen de una mirada crítica que permita explicar las divergencias. Otro elemento detectado en la revisión de fuentes fue la obsolescencia de determinadas obras, como resultado de la volatilidad e impredecibilidad de la política exterior estadounidense desde inicios de 2025 y el cambio fundamental en determinados escenarios.

Las obras consultadas no consideran, en muchos casos, las bases de disparidad de la cooperación transatlántica en materia de seguridad y defensa, la incidencia de la corriente política del actual Presidente de los EE. UU. en su política exterior o los vínculos que existen entre sectores de la extrema derecha europea y la actual administración estadounidense.

A partir del estado del arte del tema, la presente investigación se propone como objetivo realizar un

balance de las relaciones transatlánticas en materia de seguridad en el transcurso del segundo mandato de Donald Trump, para demostrar la línea de continuidad que se establece con su primer mandato en relación con el predominio de las divergencias, las contradicciones al seno de la OTAN y la fragilización de la confianza mutua.

El presente artículo no pretende analizar todo el vasto conjunto de los vínculos transatlánticos desde el inicio del segundo mandato de Donald Trump en 2025. Por el contrario, siguiendo criterios metodológicos y analíticos definidos, la presente investigación se concentra en la agenda de seguridad y defensa transatlántica, que es la piedra angular de la asociación en las actuales condiciones del sistema internacional. No es objeto de análisis, por ejemplo, el comportamiento de las relaciones económicas y comerciales desde el inicio del segundo mandato de Donald Trump, las cuales han estado también cargadas de puntos de fricción y divergencias. Tampoco se evalúa la cooperación transatlántica ante desafíos globales, como el cambio climático, el crimen transnacional, los derechos humanos o las cuestiones migratorias, que son también muy relevantes y ameritarían un análisis específico.

Si bien el artículo parte desde la evaluación de los desencuentros factuales y doctrinales ocurridos entre enero de 2025 y abril de 2026 en materia de seguridad y defensa, se establecen pautas de análisis que trascienden el período y que constituyen elementos válidos para el estudio y sistematización de la agenda transatlántica para el resto del mandato “Trump 2.0”.

Entre los métodos empleados en la investigación se encuentran el análisis histórico de los antecedentes, el rastreo de procesos para reconstruir las decisiones políticas tomadas con incidencia en la alianza transatlántica, el estudio de casos y el análisis documental y del discurso, con énfasis en el Presidente de los EE. UU. Entre los paradigmas teóricos de las Relaciones Internacionales fundamentales en la investigación se encuentran los modelos del realis-

mo y el constructivismo. Las principales fuentes de datos constituyeron los documentos oficiales resultantes de procesos diplomáticos, los discursos de actores políticos y reportes de actores primarios.

DESARROLLO

Donald Trump regresó a la presidencia de EE. UU. en enero de 2025 para cumplir con un segundo paso por la Casa Blanca. Desde la campaña electoral en 2024, se puede encontrar a un Donald Trump que preconiza sin miramientos un regreso a las líneas fundamentales de su primer mandato, tanto en política interna como a nivel internacional. Al iniciar su segundo mandato, sin posibilidades constitucionales para la reelección y con el control republicano de ambas cámaras del Congreso, era previsible que Trump desplegaría con mayor facilidad que en 2017, su agenda neoconservadora, siguiendo como único filo conductor el de la satisfacción de los intereses hegemónicos de EE. UU. al precio que sea necesario.

En específico, en el ámbito de la política exterior, se puede observar una clara continuidad en la filosofía ultraconservadora y unilateralista de Trump, pero con una impronta incluso más disruptiva del orden internacional (Böller & Wiedekind, 2025). Se retoman en un grado mayor el uso de los instrumentos del poder geoeconómico en las relaciones comerciales, el enfoque ultranacionalista en materia de cooperación multilateral y las prácticas más neoconservadoras en la política de seguridad internacional.

En 2017 la agenda internacional de Trump tomó por sorpresa a muchos dirigentes europeos, tanto gobernantes nacionales como responsables de las instituciones eurocomunitarias, quienes consideraron que el discurso electoral del magnate estadounidense no estaría acompañado por acciones y políticas concretas una vez en funciones (Shapiro & Pardijs, 2017).

Ocho años más tarde, la relación transatlántica se enfrenta previsiblemente a cuatro años de discrepancias, a una fuerte imposición de los intereses

de EE. UU. sobre los intereses europeos en diversos ámbitos de la asociación estratégica y fuertes desencuentros en temas de la agenda internacional.

Apenas transcurrido un año de la llamada “era Trump 2.0” el pronóstico ha sido cumplido con creces. Con distintas graduaciones, todas las aristas de la asociación transatlántica: diálogo político-diplomático, relaciones comerciales, cooperación militar, acción multilateral para enfrentar desafíos globales, entre otros, muestran niveles de fragilización y desgaste por las políticas adoptadas, las amenazas o el uso de la presión como herramienta negociadora por Donald Trump (Gantz, 2026).

Estado actual y perspectivas del diálogo y cooperación transatlánticas en materia de seguridad internacional.

En el transcurso de poco más de un año la política exterior unilateralista y neoconservadora de Trump ha impactado negativamente en la agenda transatlántica de seguridad y defensa, al punto de situarlas en un estado de fragilidad solamente comparable al de cinco años atrás durante su primer mandato, como se trató sucintamente.

Persuadido de que la Alianza ha sido desventajosa para los intereses de EE. UU., Trump ha intentado desde 2025 revertir esa desventaja y trata a sus aliados europeos de la OTAN como clientes, a los cuales deben aplicarse términos, condiciones y comisiones por el servicio de garante de la defensa europea (Bergmann, 2025). De ahí que las posiciones adoptadas por EE. UU. en varios de los principales temas de la agenda de seguridad internacional han sido objeto de divergencias con sus socios europeos.

Algunos de los temas centrales del diálogo transatlántico en materia de seguridad desde enero de 2025 hasta la fecha han sido: la deshilvanada política de EE. UU. hacia Rusia y las negociaciones para un cese al fuego en el conflicto en Ucrania; las amenazas estadounidenses de ocupar Groenlandia

y la guerra desatada contra la República Islámica de Irán a finales de febrero de 2026, con sus respectivas consecuencias regionales y globales (Bergmann, 2025).

Entre estos temas, pocos han sido espacio para una relativa convergencia de intereses y cooperación limitada, mientras que la mayoría ha sido motivo de contradicciones públicas, divergencias negociadas o enfrentamientos frontales, situando la relación a niveles de desconfianza mutua elevados.

Uno de los temas prioritarios en la agenda transatlántica de seguridad ha sido el conflicto en Ucrania, teniendo en cuenta su importancia estratégica para EE. UU. y para la Unión Europea (Carpenter, 2026).

En el Capítulo III, sección C, de la vigente Estrategia de Seguridad Nacional de EE. UU.⁶, publicada en noviembre de 2025, la Administración reconoce que “(...) restablecer la estabilidad en Europa y la estabilidad estratégica con Rusia” (The White House, 2025) son su primera prioridad de seguridad en esa región del mundo. Es por ello que, una gestión del conflicto en Ucrania a fin a sus intereses, concentró las primeras acciones de EE. UU. en materia de seguridad internacional y fue objeto de las primeras diferencias con sus socios europeos.

Al asumir el poder en enero de 2025, Trump no contaba con un plan concreto para alcanzar el cese al fuego en Ucrania. Sin embargo, las expresiones de campaña sobre el conflicto, los antecedentes de su proyección hacia Rusia y sus críticas al apoyo de Joe Biden a Ucrania, en particular por los costos financieros, vaticinaban que el tema sería objeto de tensión con sus socios europeos por la divergencia de intereses (Spatafora, Everts, & Ekman, 2025).

En Europa, por su parte, actores como Francia y Reino Unido fortalecían su compromiso con Ucrania, redoblaban su discurso antirruso e incluso proyectaban escenarios posibles de conflicto directo con Rusia dentro de plazos de 4 o 5 años. Al mismo tiempo, crecían las dudas sobre el compromiso de

EE. UU. bajo mandato de Trump en relación con el acompañamiento material y operacional al ejército ucraniano, así como en el desgaste económico de Rusia mediante la política de sanciones.

Trump mostró rápidamente un mayor nivel de exigencia a Ucrania para lograr un cese al fuego y estableció condicionamientos para la continuidad del apoyo con material militar estadounidense. A inicios de febrero de 2025 en Bruselas, el Secretario de Defensa de EE. UU. manifestaba a sus homólogos de la OTAN que “(...) las crudas realidades estratégicas impiden que los Estados Unidos de América se centren principalmente en la seguridad de Europa” y que los europeos debían asumir el liderazgo en el dossier ruso-ucraniano (Arteaga, Fiott, & Simón, 2025). Tres días más tarde, en un discurso apabullante en la Conferencia de Seguridad de Múnich, James David (JD) Vance, vicepresidente de EE. UU., trasladaba a los principales líderes políticos europeos que la principal preocupación de la Administración Trump sobre Europa estaba en sus “amenazas desde dentro” y no en actores extranjeros, mientras reafirmaba igualmente que Europa debía asumir mucha más responsabilidad en su propia defensa.

La erosión de la confianza transatlántica sobre el conflicto en Ucrania alcanzó su mayor punto tras el mediático encuentro entre Donald Trump y Volodymyr Zelensky el 28 de febrero de 2025 en Washington. Luego de esta reunión, EE. UU. suspendió la entrega de armamento y el intercambio de información de inteligencia con la parte ucraniana, lo cual agudizó las preocupaciones entre sus aliados europeos, que vieron encadenarse una serie de victorias militares rusas y deteriorarse las condiciones para posibles concesiones rusas.

En paralelo, EE. UU. buscó establecer canales de comunicación con Rusia y rebajar la hostilidad hacia el presidente Vladimir Putin, con el objetivo de iniciar un proceso de negociaciones que condujese a un cese al fuego, manteniendo al margen de este a sus socios de la OTAN (Kortunov, 2026). En abril de

2025 Trump presentó una primera propuesta para resolver el conflicto, la cual comprendía puntos interesantes para Moscú⁷ e importantes concesiones por parte de Ucrania. No obstante, la ausencia de puntos como la “desnazificación”, la restricción de las capacidades militares ucranianas o la cuestión de la asistencia militar de otros países europeos a Ucrania, entorpecieron la aceptación rusa de esta propuesta.

En la segunda mitad del año, fundamentalmente luego del estancamiento de su propuesta de cese al fuego y varias gestiones diplomáticas de los países de la llamada “Coalición de los Voluntarios”⁸, Trump comenzó a rebajar su discurso contra Ucrania y endurecer su postura contra Rusia. Modificó su postura para relativizar las responsabilidades del estancamiento de las negociaciones, centrando más la atención en Rusia, aunque no ha cerrado las vías de comunicación con el Gobierno ruso para seguir accionando al respecto.

A los efectos de la asociación transatlántica, la reaparición del factor de la imprevisibilidad y la ambivalencia estadounidenses con relación a Rusia y al conflicto en Ucrania, las presiones y los condicionamientos de EE. UU. sobre Zelensky y el menosprecio de la posición de los países europeos en un eventual desenlace del conflicto, ha lastimado el diálogo profundamente. Los líderes de los países europeos más involucrados en el respaldo a Kiev, como Francia, Reino Unido, Alemania y Polonia, han trasladado su molestia por haber sido sistemáticamente situados en una posición secundaria en el proceso de negociaciones directas sobre el cese al fuego (Shapiro, Letter from Washington: Why Trump ignores Europe., 2025).

Actualmente, ante el estancamiento de las negociaciones, la Unión Europea se ha visto obligada a asumir un papel más ambicioso en el respaldo militar y financiero a Ucrania para sostener su participación en el conflicto. Muestra de ello es el mecanismo PURL (Prioritized Ukraine Requirements List)⁹, mediante el cual, desde julio de 2025, EE. UU. vende

armamento avanzado a miembros europeos de la OTAN, que es pagado con fondos eurocomunitarios y transferido a Ucrania.

Tras pasado un año de las principales diferencias, el tópico parece haber entrado en una fase de mejor entendimiento y tensiones rebajadas. La parte europea ha asumido que, sin el apoyo político y militar de EE. UU., así sea financieramente condicionado, no podrían garantizar la continuidad de las acciones militares de Ucrania y han aceptado que Trump prioriza su enfoque económico y su agenda particular con relación a Rusia (Gantz, 2026). Por su parte, EE. UU. aprovecha el diálogo favorable entre las capitales europeas y Kiev para mantener el canal de comunicación con vistas a las negociaciones.

En segundo lugar, siendo hasta el momento el tópico de mayor desencuentro transatlántico, incluso con matices de enfrentamiento frontal, se encuentra la situación generada en torno a Groenlandia, producto de las intenciones declaradas del presidente Donald Trump de hacerse con su control, incluso por la fuerza, alegando motivos de Seguridad Nacional.

El interés de EE. UU. de apoderarse de Groenlandia tiene antecedentes históricos, que se remontan a finales de la Segunda Guerra Mundial, retomados por Donald Trump durante su primer mandato en 2019, cuando trasladó su interés en comprar el territorio. En esa ocasión la oferta de Trump fue rechazada de forma rápida y rotunda tanto por los daneses como por los groenlandeses, siendo tachada como una “locura” (Scott, 2025). Aunque parte de esos antecedentes históricos, el renovado interés de Trump en Groenlandia en su segundo mandato debe interpretarse mejor desde los enfoques geoeconómico y geopolítico neoconservador de su Administración, que busca consolidar a Estados Unidos como una superpotencia global en un nuevo orden internacional, donde los más elementales marcos jurídicos son dispensables.

Una serie de declaraciones y episodios de escalada en la confrontación desde el inicio del segundo

mandato de Trump conducen a la denominada “crisis de Groenlandia” de enero de 2026.

En febrero de 2025 Earl LeRoy Carter, miembro republicano de la Cámara de Representantes, presentó ante el Congreso de los EE. UU. el proyecto de Ley “Red, White and Blueland”, mediante el cual se autorizaba al Presidente “a entrar en negociaciones con el Gobierno de Dinamarca para comprar o adquirir de otra forma Groenlandia” (Congress of the United States of America, 2025). En agosto de 2025 las autoridades locales denunciaron campañas encubiertas de influencia en Nuuk, llevadas a cabo por elementos cercanos a Trump, que incluían contactos con élites locales, recolección de quejas y reparto de dinero en la capital groenlandesa. En diciembre de 2025 Trump designó al gobernador de Luisiana, Jeff Landry, como enviado especial para “hacer Groenlandia parte de EE. UU.”, lo cual provocó que Dinamarca convocara al Embajador estadounidense y fuertes declaraciones del Ministro danés de Asuntos Exteriores.

La cúspide de la escalada tuvo lugar en enero de 2026 cuando, tras las agresiones militares contra Venezuela y el secuestro del presidente Nicolás Maduro, Trump reclamó “control total y completo” de Groenlandia en su controversial carta a Jonas Gahr Støre, primer ministro de Noruega. A partir de este momento tienen lugar un conjunto de reacciones europeas que marcan un desencuentro frontal con EE. UU. y un período de fuertes fragilidades en la relación (Scott, 2025).

Dinamarca envió una serie de tropas de élite a Groenlandia, junto con medios y suministros militares, estableció explosivos en pistas de aterrizaje y en vías de comunicación terrestre. Al movimiento de efectivos militares daneses a Groenlandia se sumó el envío de efectivos de países miembros de la OTAN como Francia, Alemania, Reino Unido, Noruega, Alemania, Suecia y Países Bajos, en una misión militar llamada “Arctic Endurance”, cuyos intereses operativos eran estudiar el terreno para un hipotético enfrentamiento con EE. UU., pero que en

el fondo buscaban el objetivo político de mostrar un frente común antes las abiertas amenazas contra la soberanía y la integridad territorial de un Estado europeo.

En represalia a esta decisión europea, y poniendo como condición la completa cesión de Groenlandia, la Administración estadounidense anunció el establecimiento de aranceles de un 10%, escalables hasta un 25%, a los bienes importados de los seis países participantes en la Operación. La escalada continuó con manifestaciones masivas en Groenlandia y Dinamarca contra las apetencias de EE. UU. y declaraciones de representantes gubernamentales daneses que valoraban la posibilidad de una invasión estadounidense a la isla.

No fue sino hasta después del encuentro entre Donald Trump y Mark Rutte, secretario general de la OTAN, en el Foro Económico Mundial de Davos el 21 de enero, cuando se produjo una desescalada en la crisis. Tras el anuncio de “un marco para un acuerdo futuro” sobre cooperación militar, acceso a minerales y una presencia militar de la OTAN más fuerte en el Ártico, el presidente Trump descartó la necesidad de una acción militar y desestimó el aumento de los aranceles.

La crisis transatlántica en Groenlandia fue más que una provocación diplomática, evidencia la fractura profunda de la confianza entre EE. UU. y sus socios europeos, dejando claro que Trump no percibe a Europa como un aliado estratégico al que se debe respetar, sino como un actor secundario que debe alinearse a sus intereses, aunque vayan en detrimento de su soberanía.

Por otra parte, esta crisis dejó al descubierto las fragilidades de la OTAN, en particular en su aspecto conceptual.

En el entramado conceptual de la Alianza, desde las bases del Tratado del Atlántico Norte (1949) hasta el más reciente Concepto Estratégico de Madrid (2022), no existen disposiciones sobre cómo debe reaccionar

la Organización ante una agresión militar de uno de sus miembros contra otro. En resumen, el mecanismo de defensa colectiva, consagrado en el famoso Artículo 5, cae en una situación de vacío conceptual si el agresor es un propio Estado miembro de la Alianza. Si el agresor es EE. UU., los demás miembros carecen de capacidad real para invocar el Artículo 5 contra Washington. Activar la defensa colectiva contra el “principal garante” militar de la Alianza sería contradictorio y autodestructivo (Testoni, 2025).

La muerte cerebral de la OTAN, vaticinada por Emmanuel Macron en 2019, parece haberse extendido hasta la actualidad, siendo las contradicciones profundas y la disfunción de la Alianza el elemento marcador durante los dos mandatos de Trump.

La llamada crisis de Groenlandia, que no parece haber concluido definitivamente, forma ya parte de los episodios de mayor contradicción histórica al interior de la OTAN, comparables a la degradación de la confianza durante la Guerra de Irak en 2003, la retirada de Francia del mando integrado de la OTAN en 1966 o la Crisis del Canal de Suez en 1956.

En tercer y último caso, siguiendo la agenda transatlántica de cooperación en seguridad y la relación al interior de la OTAN, se encuentra la reciente agresión militar estadounidense lanzada contra Irán el 28 de febrero.

La guerra contra Irán, iniciada por EE. UU. e Israel, ha sido otro nuevo ámbito de tensión transatlántica. Por un lado, los intereses europeos coinciden con los de EE. UU. en calificar como “una amenaza regional” el programa de enriquecimiento de uranio de Irán y el desarrollo de sus capacidades balísticas de mediano y largo alcance (Council of the European Union, 2026). Por el otro, en sentido general, la parte europea se ha distanciado de la opción militar iniciada por EE. UU. e Israel, sobre la cual no fueron ni consultados ni notificados, y no se ha sumado activamente a la agresión contra Irán, pese a las exigencias formuladas por Donald Trump en el marco de dos meses.

Desde su inicio, la agresión de EE. UU. e Israel contra Irán ha sido un tópico difícil para los europeos en tres sentidos.

En primer lugar, el tema divide a los Estados miembros de la UE entre los que condenan su carácter ilegal según el Derecho Internacional y los que optan por el apoyo a EE. UU. e Israel, sobre la base de la supuesta amenaza que representan para la seguridad europea el programa nuclear iraní y el desarrollo balístico-coheteril. Ha habido divergencias públicas y contradichos entre varios jefes de Estado o de Gobierno de la UE sobre el tema, dejando en evidencia que no existe una postura común y que las apreciaciones tienen en consideración intereses puntuales de países más vulnerables en temas de defensa con EE. UU., como es el caso de Alemania, Polonia y los países bálticos (Adler, 2026).

En segundo lugar, la guerra ocupa a EE. UU. en otros frentes y lo aleja de la continuidad del apoyo militar a Ucrania, que continúa siendo la prioridad en materia de seguridad para Europa. Sin el respaldo decidido y explícito de EE. UU. al logro de un cese al fuego en Ucrania, los intentos exploratorios de negociación parecen haber entrado en un estado de congelamiento a la espera de la solución del “dossier” iraní.

Y, por último, la guerra constituye un elemento adicional de fricción en el seno de la OTAN entre los europeos, que defienden que el Artículo 5 del Tratado de la Alianza no es aplicable al conflicto, y EE. UU. que continúa denigrando la utilidad de la Organización y amenazando con la retirada de efectivos estacionados en Europa (Gnesott, 2026).

La norma general para la mayoría de los países europeos ha sido calificar la agresión como una transgresión del orden internacional basado en reglas que prohíben el uso de la fuerza, sin llegar a existir una posición integral europea de rechazo firme a la agresión iniciada por EE. UU. e Israel, ni una condena a las consecuencias de tales actos en la seguridad y la economía globales. Más bien, se ha consta-

tado que actores europeos de peso, como Francia, Alemania y Reino Unido han hecho determinadas concesiones políticas para equilibrar la no intervención directa en la guerra.

Por su parte, un comunicado franco-alemán, al cual Reino Unido se asoció, condena los ataques “indiscriminados y desproporcionados” de Irán contra países de la región y sus bases militares en el Golfo Pérsico¹⁰. Ese mismo comunicado expresa que se valorarían “las medidas defensivas necesarias y proporcionadas para destruir la capacidad de Irán de lanzar misiles y drones desde su origen” (Palacio del Elíseo, 2026).

En la práctica, Francia ha desplegado efectivos militares en el Golfo Pérsico, envió el portaaviones Charles De Gaulle al Mediterráneo Oriental y ha declarado intención de proteger el espacio aéreo de aliados como Qatar, Jordania y Emiratos Árabes Unidos. Las fuerzas francesas se han circunscrito a acciones defensivas de intersección antiaérea, sin golpear objetivos en territorio iraní.

Reino Unido, por su parte, ha autorizado el uso de bases británicas como la “RAF Fairford” en Inglaterra y “Diego García” en el Océano Índico para llevar a cabo operaciones que sean defensivas y limitadas. Similar al caso francés, se desplegaron aviones de la Fuerza Aérea para interceptar misiles y drones iraníes sobre países aliados como Qatar, Jordania, Irak y Bahreín, además del envío del buque HMS “Dragon” al Mediterráneo Oriental para defender posiciones como Chipre (Loft, 2026).

En el caso de Alemania, se ha permitido el uso de bases estadounidenses en el país para operaciones estadounidenses sin condicionarlas a carácter defensivo, lo cual fue reconocido públicamente por Donald Trump en marzo de 2026. No obstante, recientes declaraciones del Canciller Mertz donde criticaba que EE. UU. no contase con un plan claro para terminar la guerra y que Irán había humillado a Trump, entre otros factores, generaron gran descontento en la Casa Blanca.

En contraste con la posición tibia de los E3¹¹, Pedro Sánchez, presidente del Gobierno de España, ha sido el mandatario del bloque eurocomunitario más frontal en su oposición a la guerra, negando a EE. UU. el permiso para utilizar las bases militares españolas para lanzar ataques contra Irán, lo cual desató las amenazas de Trump de aplicar aranceles a productos españoles de importación o “cortar todo comercio” con España.

Turquía, actor muy relevante en términos de seguridad y defensa dentro de la OTAN, también ha tenido una posición clara sobre el conflicto. El presidente turco Erdogan adoptó una postura definida, calificando los ataques como una violación flagrante del Derecho Internacional, cerró su espacio aéreo a las fuerzas estadounidenses y transmitió condolencias tras el asesinato del líder supremo de Irán, Ali Janneti. Al mismo tiempo, ha equilibrado su posición con críticas a los ataques iraníes contra los países del Golfo y ha endurecido el discurso hacia Irán con relación a las negociaciones sobre el programa nuclear, previas a la guerra (Çevik, 2026).

El punto detonante de las más serias contradicciones transatlánticas ha sido el Estrecho de Ormuz y la reticencia europea a participar en operaciones militares para controlar el estratégico enclave. A lo máximo que han llegado los socios europeos ha sido a la disposición a sumarse a una coalición internacional, respaldada por un marco legal de Naciones Unidas, para garantizar la libre circulación por el Estrecho de Ormuz, siendo Francia, Alemania y Reino Unido los más favorables a ese escenario.

La postura que parece consolidarse entre los países del bloque comunitario es la precisada por el presidente francés Emmanuel Macron en el Consejo de la UE en marzo pasado, cuando precisó que “los europeos no participarán en ninguna apertura por la fuerza del Estrecho en el contexto de las operaciones de guerra y los bombardeos en curso”. Esta posición intenta crear consenso entre las variopintas posturas al interior de la UE, que van desde la complacencia y entusiasmo guerrillero de Viktor Orban

hasta las críticas más radicales de Pedro Sánchez.

El presidente Trump ha respondido a estas decisiones europeas con más amenazas, insultos y humillaciones, afirmando que la OTAN sería “un tigre de papel” si no fuera por EE. UU. y que los europeos eran unos “cobardes” (Murray, Sin estrategia en la retirada de tropas estadounidenses de la OTAN en Alemania, 2026). Tras semanas de estancamiento, sin resultados palpables en el interés de sumar a socios europeos a las escaramuzas en el Estrecho, Trump ha anunciado la retirada de 5 000 efectivos militares de EE. UU. de Alemania. El gobierno alemán ha intentado desvincular la retirada de las tropas estadounidenses de los desencuentros bilaterales sobre Irán, alegando que se trata de una decisión prevista y que los efectivos formaban parte de un acuerdo temporal alcanzado con Biden para reforzar el respaldo a Ucrania.

Adicionalmente, Merz reafirmó que, por el momento, no se concretará el despliegue en Alemania de los misiles de crucero estadounidenses Tomahawk, con un alcance de hasta 2 500 kilómetros, que la anterior administración había acordado en 2024 con su antecesor, Olaf Scholz.

No es descartable que esta retirada solo sea una primera señal de EE. UU. a Alemania, y siga ejerciendo presión para lograr sus intereses de involucrar directamente a los europeos en el conflicto. Trump tiene todavía mucho margen de presión en Alemania, país con mayor presencia militar estadounidense en Europa, con aproximadamente unos 40 000 soldados basificados. No obstante, la presencia de la base aérea de Ramstein, la mayor de su tipo fuera de EE. UU., y la sede del Mando Superior de Estados Unidos para Europa (EUCOM), ubicada en Stuttgart, también dan cuenta de la importancia del continente europeo para los intereses geopolíticos de Washington y en particular para su despliegue logístico en Oriente Medio.

En resumen, la guerra contra Irán es hasta el momento un punto de fuertes contradicciones transatlánticas, en la medida en que Europa continúa sin dejarse involucrar directamente en el conflicto a pe-

sar de una posición fragmentada y dispersa, donde pueden incidir intereses puntuales.

Han vuelto a reabrirse, y con relativa fuerza, los viejos debates al interior de la UE sobre la necesidad de alcanzar una soberanía estratégica, de superar la subordinación operativa a EE. UU. y aumentar los insuficientes gastos en defensa de los Estados miembros. Todos estos elementos son conocidos y animaron durante cuatro años los debates en el Consejo de la Unión Europea durante el primer mandato de Donald Trump.

Europa ha dado pasos significativos en este sentido, por ejemplo, en 2025 se logró por primera vez que todos los aliados europeos de la OTAN alcanzaran la cifra del 2% del PIB dedicados a gastos de defensa, como reconoce el Informe Anual del Secretario General de la Alianza, publicado en marzo de 2026¹². No obstante, en un contexto económico global adverso, las señales de estancamiento y los grandes problemas de déficit fiscal que muestran las economías europeas no permiten avizorar que la UE pueda dotarse de una real autonomía militar en el corto o mediano plazos.

Tampoco existen evidencias que denoten un interés real de las élites políticas europeas de desligarse de la OTAN, de su visión estratégica y de su papel de brazo armado de los intereses capitalistas occidentales (O’Neal, 2026). La OTAN ha servido en más de una ocasión a los intereses de dominación europeos en África Norte, en Medio Oriente y en Europa Oriental, siempre que ha habido coincidencia de objetivos con EE. UU. Es por esto que, mientras Europa dependa militarmente de EE. UU., tendrá que gestionar los intereses caprichosos y los tropiezos geopolíticos de Donald Trump, a la espera de que el próximo presidente de EE. UU. sea diferente.

CONCLUSIONES

Desde 2025 la agenda transatlántica de cooperación y diálogo en materia de seguridad ha estado marcada por un predominio de las discrepancias so-

bre la coincidencia de intereses, sin llegar a generar un efecto de ruptura de vínculos estratégicos de seguridad de más de 70 años.

La segunda administración de Trump ha agudizado las discrepancias doctrinales transatlánticas con relación al uso de la fuerza, en particular tras el inicio de las agresiones militares contra Irán. Se enfrentan dos filosofías políticas no necesariamente idénticas con respecto al papel de la fuerza y la intervención militar en las relaciones internacionales. Prevalece, por un lado, la visión unilateralista, agresiva y hegemónica de EE. UU. y por el otro, la defensa europea del actual orden multilateral, donde todavía ocupa un lugar privilegiado, que no se corresponde necesariamente con su capacidad de influencia política y militar en 2026.

La piedra angular de la arquitectura militar y de seguridad euroatlántica continúa siendo la OTAN. En su marco, las divergencias se producen con frecuencia sobre tres aspectos: la interpretación doctrinal de la estrategia militar de la Alianza, la distribución de las contribuciones logísticas y militares, y la participación de la alianza en conflictos fuera del espacio correspondiente al Atlántico Norte.

Al interior de la Alianza la fragilización de la confianza mutua y el retroceso considerable de la cooperación transatlántica en diversas esferas ha sido el signo característico del segundo mandato de Donald Trump hasta la fecha. La profunda desconfianza y la movilización militar europea, generada en torno a Groenlandia, demuestra que las contradicciones han escalado con relación a su primer mandato, hasta llegar al punto de la amenaza directa de ocupación y la violación de la soberanía de uno de los aliados.

La asimetría y la disparidad siguen siendo rasgos característicos de la relación en materia de seguridad y defensa, donde la parte europea debe subordinar sus intereses ante las presiones estadounidenses, devenidas en abiertos chantajes en el segundo mandato de Trump.

Es previsible que la dinámica de deterioro y fragilización de las relaciones euroatlánticas en materia de seguridad y defensa continúe siendo predominante durante el resto del segundo mandato de Donald Trump. No obstante, considerando las limitaciones temporales del presente análisis y teniendo en cuenta las características de la actual Administración estadounidense, donde resulta sumamente complejo separar lo anecdótico de lo estructural, deberá continuar observándose la evolución de los nexos transatlánticos.

En el mismo sentido, otro elemento a considerar durante el resto del mandato de Trump es el papel de las relaciones económicas, comerciales y financieras transatlánticas que, aunque también atraviesan un período de fuertes fricciones, han funcionado históricamente como un factor de estabilización transatlántica, a partir del predominio de la convergencia de los intereses de dominación global del capitalismo occidental sobre su condición de competidores económicos.

Algunos de los temas a considerar en futuras investigaciones sobre la relación transatlántica en el resto del mandato de Trump son el posible impacto de las elecciones de medio término de EE. UU. en la agenda internacional de la Administración republicana; la evolución de las iniciativas de autonomía estratégica de la UE y su impacto en el diálogo al interior de la OTAN, así como el futuro electoral de las fuerzas políticas de extrema derecha en Europa, las cuales son ideológicamente cercanas a las bases electorales y a la agenda del presidente Donald Trump.

NOTAS

¹ Después de 1945 tuvieron lugar fenómenos que configuraron las bases de la confrontación bipolar y en particular elementos estructurales y programáticos que vincularon a europeos y estadounidenses en una relación estratégica. Entre ellos, la Doctrina Truman (1947), el Plan Marshall (1947), la Unión Occidental (UO) (1948)

y la fundación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) (1949) fueron los que tuvieron un mayor impacto.

² A los efectos de la precisión conceptual de este artículo, el autor asume que la relación transatlántica “(...) incluye las relaciones entre ambas orillas del Atlántico en todas sus variantes: entre Estados, en la OTAN y entre Estados Unidos y la Unión Europea. Las unas se solapan con las otras de manera imperfecta y mantienen relaciones de interdependencia entre sí.” (Costa & Aguiar, 2002).

³ La política de “guerra preventiva contra el terrorismo” anunciada por Bush Jr. y en particular la guerra contra Irak en 2003, la no ratificación del Protocolo de Kioto sobre cambio climático, la llamada “Hague Invasion Act” de 2002 que contradecía la autoridad legal de la Corte Penal Internacional, las diferencias en materia de DD. HH. tras la revelación de fotos tomadas en las prisiones estadounidenses en la Base Naval de Guantánamo, entre otros, fueron algunos de los temas que alimentaron las tensiones transatlánticas entre 2001 y 2008.

⁴ Resolución 2231 (2015) del CS de la ONU https://www.iaea.org/sites/default/files/unsc_resolution2231-2015.pdf

⁵ Uno de los resultados de estas iniciativas fue la creación el 31 de enero de 2019 del Instrumento de Apoyo a los Intercambios Comerciales (INSTEX, por sus siglas en inglés), dispositivo financiero que buscaba conectar importadores y exportadores europeos interesados en el mercado iraní y brindarles una vía de acción frente a las sanciones estadounidenses. El mecanismo fue terminado en 2023 tras no lograrse su sostenibilidad.

⁶ <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>

⁷ La propuesta incluía el reconocimiento legal estadounidense de Crimea como parte de Rusia, la aceptación de facto de los avances territoriales de Rusia desde febrero de 2022, el compromiso de no permitir el acceso de Ucrania a la OTAN y el levantamiento progresivo de las sanciones impuestas contra la economía rusa (Kortunov, 2026)

⁸ La “Coalición de los voluntarios” es un grupo ad-hoc de países creado en marzo de 2025, presidido por Francia y Reino Unido, con el propósito de dar garantías de seguridad vinculantes a Ucrania una vez alcanzado un cese al fuego. No tiene una composición formal establecida, sino que su membresía se define por asistencia a las reuniones, contando con asistencias de hasta 35 miembros, fundamentalmente miembros de la OTAN y aliados tradicionales de la Alianza (Australia, Japón, Nueva Zelanda, etc.).

⁹ Se trata de un listado de equipos y municiones que Kiev considera prioritarios, como los sistemas de defensa Patriot o los misiles ATACMS. La Agencia de Apoyo y Adquisiciones de la OTAN (NSPA) coordina la compra del material estadounidense por parte de los países europeos, que lo entregan a Kiev.

¹⁰ <https://www.elysee.fr/en/emmanuel-macron/2026/03/01/joint-statement-by-the-leaders-of-france-germany-and-the-united-kingdom-on-indiscriminate-iranian-attacks-on-countries-in-the-region>

¹¹ Francia, Alemania y Reino Unido.

¹² <https://www.nato.int/content/dam/nato/we-bready/documents/publications-and-reports/annual-reports/sgar25-en.pdf>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adler, K. (2026). Why Europe's leaders have struggled to speak as one on Iran. BBC.

- Amo, P. d. (2025). Real Instituto Elcano. From Europa ante el desafío de Trump: ¿acomodación o autonomía?: <https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2025/03/ari41-2025-amo-europa-ante-el-desafio-de-trump-acomodacion-o-autonomia.pdf>
- Arteaga, F., Fiott, D., & Simón, L. (2025). ¿A por todas? El renacer industrial de la defensa española y europea. From Real Instituto Elcano: <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/a-por-todas-el-renacer-industrial-de-la-defensa-espanyola-y-europea/>
- Bergmann, M. (2025). Transatlantic Relations Under Trump: An Uneasy Peace. From Center for Strategic & International Studies: <https://www.csis.org/analysis/transatlantic-relations-under-trump-uneasy-peace>
- Böller, F., & Wiedekind, J. (2025). The Declining Reliability of U.S. Foreign Policy and its Domestic Sources Under Trump II. *Z Außen Sicherheitspolit* 18, 577-587.
- Carpenter, M. (2026). The Transatlantic Dilemma: How to Pursue Autonomy Without Foreclosing Future Cooperation. From Just Security: <https://www.justsecurity.org/139028/transatlantic-relations-autonomy-cooperation/>
- Çevik, S. (2026). Turkey and the War on Iran: Between Opportunity and Catastrophe. Arab Center Washington DC, <https://arabcenterdc.org/resource/turkey-and-the-war-on-iran-between-opportunity-and-catastrophe/>.
- Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes de EEUU. (1962). Trade Expansion Act of 1962. Washington: U.S. Government Printing Office.
- Congress of the United States of America. (2025). H.R.1161 - Red, White, and BlueLand Act of 2025. Washington.
- Costa, O., & Aguiar, P. (2002). Relaciones Transatlánticas: ¿Hacia la dilución del partenariado estratégico? *Relaciones Transatlánticas*, 95-107.
- Council of the European Union. (2026). Statement by the High Representative on behalf of the European Union on developments in the Middle East.
- Dutta, A. (2019). Analysis of European Responses to Iran Nuclear Deal Crisis. From https://www.icwa.in/show_content.php?lang=1&level=3&lid=2830&ls_id=4787
- Gantz, D. A. (2026). US Policy Shifts and the and the Future of the Transatlantic Alliance. From Baker Institute for Public Policy: <https://www.bakerinstitute.org/research/us-policy-shifts-and-future-transatlantic-alliance>
- Gnesott, N. (2026). L'Europe face à la guerre en Iran. *Géopolitique et Défense*, Insitut Jacques Delors, 1-3.
- Kortunov, A. V. (2026). The Second Trump Administration and the Russia-US Relations. Pir Center.
- Loft, P. (2026). Israel/US-Iran conflict 2026: Background and UK response. Research Briefing. Londres: House of Commons Library.
- Murray, S. (2026). Sin estrategia en la retirada de tropas estadounidenses de la OTAN en Alemania. Euronews.
- O'Neal, M. (2026). European Strategic Autonomy: The European Union and Vital American Interests. Quincy Brief No. 102.
- Palacio del Elíseo. (2026). Joint Statement by the Leaders of France, Germany and the United Kingdom on indiscriminate Iranian attacks on countries in the region. París.
- Rodríguez, J. E. (2014). Tesis de Diploma en Licenciatura en Relaciones Internacionales. *Relaciones Unión Europea-Estados Unidos: socios estratégicos en transición*. La Habana: Insituto Superior de Relaciones Internacionales "Raúl Roa García".
- Scott, B. (2025). Greenland During Trump 2.0: Is America Poised for an Historic Arctic Territorial Expansion? The Artic Institute., <https://www.thearticinstitute.org/greenland-during-trump-2-0-america-poised-historic-arctic-territorial-expansion/>

Shapiro, J. (2025). Letter from Washington: Why Trump ignores Europe. European Council on Foreign Relations, <https://ecfr.eu/article/letter-from-washington-why-trump-ignores-europe/>

Shapiro, J., & Pardijs, D. (2017). The transatlantic meaning of Donald Trump: a US-EU Power Audit. European Council on Foreign Relations (ECFR), https://ecfr.eu/wp-content/uploads/US_EU_POWER_AUDIT.pdf.

Spatafora, G., Everts, S., & Ekman, A. (2025). Low trust: navigating transatlantic relations under Trump 2.0. From European Union Institute for Security Studies (EUISS): https://www.iss.europa.eu/sites/default/files/2025-10/CP_187_0.pdf

Testoni, M. (2025). NATO and Transatlantic Relations in the 21st Century. Foreign and Security Policy Perspectives. New York: Routledge.

The White House. (2025). National Security Strategy of the United States of America. Washington.

Tovar Ruiz, J. (2018). La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades. Revista CIDOB d'Afers Internacionals, 259-283.

CONFLICTO DE INTERESES

El autor declara que no existen conflictos de intereses relacionado con el artículo.

AGRADECIMIENTOS

No aplica.

FINANCIACIÓN

No aplica.

PREPRINT

No publicado.

DECLARACIÓN DE ÉTICA EN LA INVESTIGACIÓN

No aplica.

DECLARACIÓN DE DISPONIBILIDAD DE DATOS

No aplica, ya que este es un estudio análisis bibliométrico.

DERECHOS DE AUTOR

Los derechos de autor son mantenidos por los autores, quienes otorgan a la Revista Política Internacional los derechos exclusivos de primera publicación. Los autores podrán establecer acuerdos adicionales para la distribución no exclusiva de la versión del trabajo publicado en esta revista (por ejemplo, publicación en un repositorio institucional, en un sitio web personal, publicación de una traducción o como capítulo de un libro), con el reconocimiento de haber sido publicada primero en esta revista. En cuanto a los derechos de autor, la revista no cobra ningún tipo de cargo por el envío, el procesamiento o la publicación de los artículos.